

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VII

Mahón 15 de Octubre de 1931

Núm. 442

El castigo del glotón

El Abuelo está pasando muy malos ratos. Alfredín, uno de sus nietecitos, está en la cama, con un caisón producido por una glotonería.

Los papás de Filo y Andresín, para corresponder a la invitación que a los niños hizo el Abuelo el día de su cumpleaños, convidaron a Dominguín, Eli y Alfredín, el día del cumpleaños de la mamá de los dos hermanitos.

Y como el Abuelo no estaba con ellos para ver cómo y cuánto comían y evitarles una indigestión, los chiquillos se despacharon a su gusto, y Alfredín sufrió las consecuencias de su gula.

Porque... como tragón... y mucho, es el angelito...

—¡Abuelito, tengo mucha sed!—dice el enfermito...

Y mientras el anciano le da unas cucharadas de la poción laxante que ha recetado el médico, dice el Abuelo:

—Pero, Dominguín: ¿qué pasó durante la comida, que ese angelote se ha puesto así?...

—¡Pues... nada!... Que a doña Milagros todo le parecía poco... que no cesaba en su: «¡Vamos! Comed, muchachos. ¿Es que no os gusta eso?...» Y... ¡claro!... como Alfredín estaba al lado suyo...

¡Sí!, le atiborraba de comida, y ha sido un milagro que el chico no reventara... ¡Válgame Dios!...

»Además, tenéis el feo vicio de no masticar bien lo que coméis, sin tener en cuenta que hasta que lo que se come no está hecho papilla en la boca, no se debe tragar, y así se digiere perfectamente, evitando las terribles dolencias del estómago.

»Y después de la comida, ¿qué hicisteis?

—Nosotros nos fuimos al jardín a jugar a los bolos, y el pituso se quedó en el pasillo, dormitando en una mecedora durante un gran rato.

—Y expuesto a la corriente, ¿no es eso? ¿Porque estaría abierta la ventana?

—¡Claro!... Si hacía un calor horrible...

—Pues no olvidéis que una corriente de aire, después de haber comido, puede cortar mortalmente la digestión, y ocasionar una calentura gástrica.

—Pero a nosotros no nos pasó nada, y estábamos al aire libre, en el jardín.

—En pleno aire no se corre ese peligro, por más que es siempre conveniente llevar el vientre abrigado. Los peligrosos son las corrientes acanaladas.

¡Ah! No lo olvidaré. Pero dime, Abuelito: ¿dura mucho eso de la digestión que dices?

—Según lo que se come, hijo mío. El arroz es uno de los alimentos que más rápidamente pasan por el estómago, pues sólo tarda una hora en ser digerido.

»La sopa y el salmón, una hora y treinta minutos.

»La leche cocida y los huevos cocidos, dos horas.

»Los huevos fritos y la leche no hervida, dos horas cuarenta y cinco minutos.

»Los huevos moles, tres horas.

»El pan, la carne la vaca asada y el queso, tres horas y media, como las aves cocidas.

»Estas, cuando son asadas, tardan una hora más en digerirse.

—¡Qué curioso es eso, Abuelito!

—Y es producto de las observaciones de un médico, a quien traté estando como pupilo en la Casa Justín, de nuestra Plaza Real; magnífica Fonda desaparecida hace años, y a la que iban a parar las eminencias que venían a Barcelona.

»Desconociendo estos principios higiénicos, hay quien come de todo sin precaución, y aun cuando por el momento parece que no le sienta mal, vienen luego las dispepsias y la relajación de estómago a darle malestar.

»Tomar el alimento diario siempre a la misma hora, es el secreto para estar bueno. Desayunarse en las primeras horas de la mañana, comer bien al medio día y cenar ligeramente a la caída de la tarde; ese es el secreto para conservar la salud, procurando que entre comida y comida no pasen más de seis horas como máximo.

—Muy curioso, abuelito; muy curioso. Pero anteayer, en casa de doña Milagros comimos a las tres, y como había muchos platos...

—Y muchas golosinas, no tuvisteis continencia y no me extraña. La culpa no fué vuestra. A tu hermanito le hubiera valido más comer un plato de judías, bien sazonadas que, como las lentejas, son los alimentos más valiosos para nutrir el cerebro: no lo olvides, Dominguín, ni dejes que se borre de tu memoria cuanto te he dicho esta tarde.

»Los que tienen todo su capital en su inteligencia deben cuidar mucho de comer a menudo judías, lentejas, habas y legumbres por el estilo, bien secas.

»Yo, teniendo en cuenta esas sencillas reglas higiénicas, no he sabido lo que era en mi larga vida un dolor de estómago, ni una simple vahído.

—¡Vaya una suerte, Abuelito!

—No; suerte no: prudencia nada más, y método sobre todo.

»Siempre me he levantado de la mesa, no con hambre, pero sí pudiendo aún comer más, pues nunca he cargado el estómago con exceso.

»No olvidéis que debemos comer para vivir, no vivir para comer.

»Si no olvidas este precepto, tendrás excelente salud, y podrás gozar de la vida sin sufrimientos.

—¡Yo también me acordaré!—gritó el enfermito.

—¡Ah, pillín!... ¡creí que te habías dormido!... ¿A ver?... ¡Vamos!... Ha desaparecido la calenturilla y mañana podrás levantarte. Y que te sirva de es carmiendo.

—Sí, Abuelito, sí.

Y con un beso se cerró la sesión de aquella tarde.

EL ABUELO

Para las niñas

Un pastel de patata

que es la gloria de la golosina

Ya vereis si lo hacéis cosa rica. ¡Cualquiera va a decir que de unas simples patatas sale esta golosina tan estupenda.

Aquí tenéis a Carmencita en un apuro. Está haciendo el pastel y se le ha olvidado algo. Vamos a darle nosotros la fórmula. Que lo haga y que dé un pedacito a sus hermanitos. ¡Vaya de gusto!

Un kilo de patatas. Se pone a hervir. Después se le hace desprender la piel. Se limpian bien y se meten en el prensapuré, hasta quedar deshechas. Se añade medio kilo de azúcar o poco más, según lo goloso del paladar. Se baten cuatro yemas enteras y se remueve bien con las patatas y el azúcar. Medio litro rayado, canela en polvo y finalmente, las claras bien batidas y mezcladas con toda la pasta.

Y en estas condiciones el pastel está necesitado de meterlo en una flanera grande, con un poco de manteca en el fondo. Se coloca en el horno, se deja cocer a fuego lento durante una hora o poco más, hasta que esté doradito. Se retira, se deja enfriar y endurecer la pasta y a las dos o tres horas se come. Al día siguiente está mucho más rico y sabroso.

Es un pastel de poco gasto y sin embargo, es una golosina, que los chicos no se hartan de ella y piden la repetición, y mas y más.

EL ELEFANTE ES UN ANIMAL DE ESCASO CRÁNEO Y ES MUY ÚTIL PARA EL TRABAJO

Su trompa tiene 35.000 músculos y almacena 100 litros de agua.

El elefante es uno de los animales de más escaso cráneo. A pesar de ello, no se podrá negar que el paquidermo está dotado de una inteligencia muy clara.

En la India y en el África, del elefante se obtienen excelentes resultados. Hace trabajos pesadimos, practica esfuerzos extraordinarios y en el transporte de grandes masas no hay posibilidad de competidor.

El elefante pues es dócil, humilde y se deja conducir y mandar sin rebelarse ni hacer frente a sus conductores. Es ideal para el trabajo que en los países de su origen hace.

La trompa del elefante que generalmente viene a medir unos dos metros y medio es la única defensa poseída por este animal. Con ella se lleva los alimentos a su boca, con ella levanta las cargas y con ella recoge las cosas de la tierra, aún las más insignificantes.

Los grandes colmillos del paquidermo, destruyen el que este pueda directamente recoger con su boca lo que se le dé. Siempre la trompa es su brazo y su mano.

La trompa del animal, carece de huesos. Pero en cambio tiene más de 35.000 músculos, todos muy finos.

Un elefante puede cargar o depositar en su trompa hasta cien litros de agua y tenerlos por espacio de media hora.

IBÉRICA

El progreso de las ciencias y de sus aplicaciones. Revista semanal ilustrada de vulgarización científica. 16 páginas semanales, abundantemente ilustradas.

Todo el mundo lee IBÉRICA porque es una Revista amena e instructiva; múltiple, variada y seria en sus informaciones; patriótica en su constante labor y la mejor enciclopedia de vulgarización científica.

Precio: 0'40 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza del Príncipe, 17.

CUENTO INFANTIL

El niño que no podía entrar en el cielo

Luisillo era un niño travieso y embustero como pocos. Y goloso, no digamos. Seguramente vosotros que me escucháis también seréis un poco traviosos, otro poquito embusteros y un muchito golosos. Si; no os esforcéis en decir que no, que yo conozco muy bien a todos los niños como vosotros.

Pues como os decía, Luisillo tenía esos defectos; pero, probablemente, en mayor grado que vosotros. Y no servían de nada ni castigos ni reprimendas de su madre. Estas las recibía con la cabeza baja como un hipocritilla, y en cuanto su madre daba media vuelta, ya estaba subido en una silla cogiendo de la alacena el tarro del dulce para untar el dedo y chuparlo haciendo mil gestos de satisfacción. Y luego con qué energía, con qué cinismo lo negaba, ¡Era muy malo Luisillo!

Su mamá se lo había dicho muchas veces. Los niños mentirosos y que roban las cosas en cuanto su madre vuelve la espalda, no pueden ir al Cielo. De ninguna de las maneras le dejarán entrar. En particular, la mentira es el pecado más feo que pueden cometer los niños. San Pedro, que como todos sabéis es el encargado de la puerta del Cielo, no deja pasar ni a un solo mentiroso.

La mamá de Luisillo, que era muy buena, muy buena, como todas las madres, quería que su hijo fuese al Cielo a toda costa, y por eso se esforzaba en corregirle de aquellos defectos.

—Mira, Luisillo—le decía—: todos los niños tienen un alma, que es una cosa... ¿Cómo te lo diría yo para que me entendieses?... El alma, que es lo que va al Cielo cuando nos morimos, es una cosa así como una bolsa de goma, como una de esas gomas que tienen las pelotas con que jugáis al fútbol, y en la que los pecados obran como si fuesen soplos que la van inflando poco a poco. De manera que cada mentira, cada rapiña o cada travesura que haces es como si soplaras en el alma, y claro, ésta se va hinchando, hasta parecer un globo. Luego, cuando el niño deja esta vida porque le ha llamado Dios, el alma sube hasta las puertas del Cielo, que San Pedro abre de par en par para que entre. Pero ¿qué sucede? Pues ocurre que las puertas son tan sumamente estrechas, que las almas que van hinchadas a fuerza de pecados no caben por ellas por muchos esfuerzos que hagan. Y tienen que permanecer toda la eternidad, desesperados, ante la puerta del Cielo, viendo como otros que fueron buenos en la Tierra pasan sin dificultad por aquellas estrechas puertas.

Esto le decía su mamá. Y ¿queréis creer que no hacía ningún caso y enseguida volvía a las andadas?... ¡Era muy malo Luisillo!

Pero un día Dios se acordó de aquel niño, le llamó cerca de Sí, y Luisillo dejó este mundo, con gran pena de su pobre mamá.

Pero el infeliz se llevó un gran susto cuando vió su alma claramente. ¡Qué hinchada estaba!... Con gran temor emprendió el camino del Cielo, y con mano temblorosa llamó a la puerta así que llegó a él. Le abrió sin tardar un viejecillo muy simpático con unas barbas muy blancas y muy largas, y le invitó a pasar con una sonrisa. Pero ¡qué desesperación la de Luisillo! A su alma le era completamente imposible entrar por aquella puerta tan estrecha. En vano lloró, suplicó y pateó. No podía ser. No entraba ni lo más mínimo.

San Pedro, que se compadecía de él, quiso ayudarle diciéndole que si se acordaba de haber hecho alguna buena acción allá en la Tierra podría servirle para hacer bajar algo la hinchazón de su alma.

—Sí—decía Luisillo entre suspiros— Recuerdo que yo quería mucho a mi mamá.

Y al decir esto notaba que de su alma salía un poco de aire.

—Más—decía el Santo Portero—; más, que eso no basta.

—También recuerdo que di un pedazo de pan a un chico muy pobre que me dijo tenía hambre,

Otro poco de aire que salía, y el alma de Luisillo se deshinchó un poquito más.

—Prueba a pasar ahora—le indicó el bondadoso portero.

Pero que si quieres: todavía le sobraba un buen trozo. Y en vano buscaba en su memoria más buenas acciones con que hacer salir aquel maldito aire que mantenía a su alma como un balón hinchado.

—Un poco más—le animaba San Pedro, deseoso de que el muchacho atravesara la puerta.

—Pero Luisillo, por más que hacía no recordaba ninguno más, y se dejó caer a un lado de la puerta llorando con desesperación.

San Pedro le miró con lástima, y ya iba a cerrar cuando vio a una mujer que se dirigía hacia el Cielo. Luisillo también la vio, y como movido por un resorte se levantó, dando un grito, y se dirigió a ella con los brazos abiertos.

—¡Mamá! ¡Mamá!—decía—. Llévame contigo. Intercede por mí.

—Pobrecito hijo mío! Ven conmigo.

Y su mamá (pues ella era), cogiéndole de una mano atravesó la puerta del cielo. Pero ella sola pudo entrar; Luisillo quedaba atascado como antes. Y por más que su madre le tiraba de la mano no podía hacerle pasar ni un centímetro.

—¡Por piedad, San Pedro! ¡Déjelo usted pasar, que es mi hijo—rogaba la desdichada madre llorando.

—Yo bien quisiera—contestaba el Santo—. Pero ya veis que yo nada puedo hacer. Es la puerta la que no le deja pasar. Así que ¡qué le vamos a hacer! Pase usted y deje a ese niño fuera, puesto que no hay otro remedio.

Y la pobre madre, con el corazón destrozado, se despedía de su hijo diciendo:

—¿Por qué no me hiciste caso allá en la Tierra, pobre hijo mío? ¿Por qué no obedeciste a tu madre, que sólo quería tu felicidad? Quédate aquí, ya que no puedes entrar; pero antes quiero dejarte mi recuerdo, para hacer más llevadera tu desgracia, en este beso que te da tu madre con toda el alma.

Y con los ojos llenos de lágrimas puso un beso en su frente. Pero ¡oh prodigio! No bien le hubo besado se oyó un ruido extraño, así como un escape de aire, el mismo que se oye cuando se pincha la goma de una bicicleta, y el alma de Luisillo, ha poco tan hinchada, comenzó a desinflarse de una manera tan notable, que a los pocos instantes podía pasar sin dificultad por la abierta puerta del Cielo.

¡El beso de aquella madre muy buena, muy buena, como todas las madres, había sido suficiente para lograrlo!

JUAN IZQUIERDO

—¡Mamá! ¡Mamá!—decía—. Llévame contigo. Intercede por mí.

—Pobrecito hijo mío! Ven conmigo.

Y su mamá (pues ella era), cogiéndole de una mano atravesó la puerta del cielo.

Pero ella sola pudo entrar; Luisillo quedaba atascado como antes.

Y por más que su madre le tiraba de la mano no podía hacerle pasar ni un centímetro.

—¡Por piedad, San Pedro! ¡Déjelo usted pasar, que es mi hijo—rogaba la desdichada madre llorando.

—Yo bien quisiera—contestaba el Santo—. Pero ya veis que yo nada puedo hacer.

Es la puerta la que no le deja pasar. Así que ¡qué le vamos a hacer!

Pase usted y deje a ese niño fuera, puesto que no hay otro remedio.

Y la pobre madre, con el corazón destrozado, se despedía de su hijo diciendo:

—¿Por qué no me hiciste caso allá en la Tierra, pobre hijo mío? ¿Por qué no obedeciste a tu madre, que sólo quería tu felicidad? Quédate aquí, ya que no puedes entrar; pero antes quiero dejarte mi recuerdo, para hacer más llevadera tu desgracia, en este beso que te da tu madre con toda el alma.

Y con los ojos llenos de lágrimas puso un beso en su frente.

¡oh prodigio! No bien le hubo besado se oyó un ruido extraño, así como un escape de aire, el mismo que se oye cuando se pincha la goma de una bicicleta, y el alma de Luisillo, ha poco tan hinchada, comenzó a desinflarse de una manera tan notable, que a los pocos instantes podía pasar sin dificultad por la abierta puerta del Cielo.

¡El beso de aquella madre muy buena, muy buena, como todas las madres, había sido suficiente para lograrlo!

JUAN IZQUIERDO

—¡Mamá! ¡Mamá!—decía—. Llévame contigo. Intercede por mí.

—Pobrecito hijo mío! Ven conmigo.

Y su mamá (pues ella era), cogiéndole de una mano atravesó la puerta del cielo.

Pero ella sola pudo entrar; Luisillo quedaba atascado como antes.

Y por más que su madre le tiraba de la mano no podía hacerle pasar ni un centímetro.

—¡Por piedad, San Pedro! ¡Déjelo usted pasar, que es mi hijo—rogaba la desdichada madre llorando.

—Yo bien quisiera—contestaba el Santo—. Pero ya veis que yo nada puedo hacer.

Es la puerta la que no le deja pasar. Así que ¡qué le vamos a hacer!

Pase usted y deje a ese niño fuera, puesto que no hay otro remedio.

Y la pobre madre, con el corazón destrozado, se despedía de su hijo diciendo:

—¿Por qué no me hiciste caso allá en la Tierra, pobre hijo mío? ¿Por qué no obedeciste a tu madre, que sólo quería tu felicidad? Quédate aquí, ya que no puedes entrar; pero antes quiero dejarte mi recuerdo, para hacer más llevadera tu desgracia, en este beso que te da tu madre con toda el alma.

Y con los ojos llenos de lágrimas puso un beso en su frente.

¡oh prodigio! No bien le hubo besado se oyó un ruido extraño, así como un escape de aire, el mismo que se oye cuando se pincha la goma de una bicicleta, y el alma de Luisillo, ha poco tan hinchada, comenzó a desinflarse de una manera tan notable, que a los pocos instantes podía pasar sin dificultad por la abierta puerta del Cielo.

¡El beso de aquella madre muy buena, muy buena, como todas las madres, había sido suficiente para lograrlo!

JUAN IZQUIERDO

—¡Mamá! ¡Mamá!—decía—. Llévame contigo. Intercede por mí.

—Pobrecito hijo mío! Ven conmigo.

Y su mamá (pues ella era), cogiéndole de una mano atravesó la puerta del cielo.

TAL COMO VIENE AL SOLDADO

EN PAZ

Al llegar aquí al servicio y hallaros en el cuartel, ¡qué extraños estais en él y con cuanto sacrificio! Os acordais del oficio que en vuestro pueblo ejercéis. De la novia que queréis. De vuestros padres y hermanos y de todos los paisanos que como amigos teneis.

No os podeis acostumbrar a esta forma de vestir. A este modo de vivir. A esta manera de estar. Tiene el tiempo que pasar y con él habituáros. A estas cosas amoldaros. A encariñaros con ellas. A tomarlas como bellas, y si cabe, hasta alegraros.

En primer lugar, halláis, a todos los compañeros alegres y llisongeros que de mil cosas les habláis. Y cuando ya os percatais que en el cuartel, el soldado, está bien considerado, que se le quiere y defiende, se le instruye y se le atiende, el susto se os ha pasado.

Y principia la instrucción, algo pesada por cierto, pero con orden y acierto dentro de la perfección. Donde ponen su atención el instructor y auxiliares, y con muestras singulares, y claros procedimientos, enseñan los movimientos como a propios familiares.

Ese, buen trato, que os dan. Esas, tan dulces, maneras, y esas, palabras sinceras, que, llenas, de amor están, despiertan ya vuestro afán. Os sentís más animados. Os hacen buenos soldados que estais conformes con todo, Encontrais buen acomodo, y os hallais entusiasmados.

Contentos, de haber venido. De conocer, esta vida. De ver que no es tan sufrida, como os habia parecido. Que el objeto pretendido en hacer de que vengais, es, porque en verdad, seais, intérpretes del deber que dais a conocer, cuando a vuestro hogar vayais.

¿Cuando jurásteis banderas, no sentisteis emoción? ¿No voló vuestra ilusión a otras ignotas esferas? ¿No visteis de mil maneras en sus pliegues retratada, la sonrisa idolatrada de nuestra amante Nación, que llegó hasta el corazón y fué una dicha soñada?

Yo, también, cuando juré, como todo militar, aún queriéndolo evitar una lágrima lloré. De una emoción me embargué, que hoy recordarla procuro. Y silencioso, y seguro, dando más afirmación, repetía de corazón: ¡Señor: Es verdad. Sí, juro!

Este efecto ocasionado, como el de todo el transcurso de vuestra milicia en curso, hace sacar buen soldado, que al marcharse licenciado lleno de satisfacción, se lleva la convicción que, ha rendido su tributo, y que ha sembrado su fruto para bien de la Nación.

SATURNINO SÁEZ

Lo que todos debiéramos saber

La cuarta parte de cada generación muere antes de llegar a los diez y siete años.

—Belén, se lee en las escrituras Bethlehem de Judá, que significa Casa del Pan, y es célebre por haber nacido allí Jesucristo, y por estar enterrada cerca de ella, Raquel, la esposa de Jacob.

—En Grecia y en Italia se han encontrado llaves de hierro y de bronce que datan del siglo VII antes de Jesucristo.

—El pelo de las zorras del Polo tiene en verano el color negro, pero en invierno se les pone tan blanco, que es difícil distinguirlas cuando van corriendo sobre el hielo.

—Desde un globo aerostático puede oírse el ladrido de un perro a una altura de siete quilómetros.

—Los chinos empiezan la comida por el postre y la terminan con la sopa y el pescado.

—Los experimentos hechos acerca de la influencia de los perfumes en la voz, han demostrado que el aroma de la violeta es el más perjudicial de todos, pues llega a producir la tumefacción de

las cuerdas vocales en algunos individuos muy sensibles.

—Para educar el canto de los canarios, se coloca a los jovencitos, después de la muda, en una jaula, en compañía de un canario maestro, que llegue hasta ellos cualquier grito o ruido que pueda distraerles. No deben escuchar más que el canto del profesor.

—El alcohol puro es el mejor desinfectante para las manos.

—Cuando estalla una tormenta hallándose en el campo, lo mejor para evitar los efectos del rayo es dejarse mojar enteramente por la lluvia. Hay diez probabilidades contra una de que el rayo no caiga sobre la persona mojada.

—Para que unas botas nos duraran toda la vida tendrían que tener una suela de tres metros de grueso, ya que, según se ha calculado, cada año gastamos cinco centímetros de suela.

—En el Japón se conocen hasta 269 variedades de color de los crisantemos.

—Cálculase que todo el carbón que encierra nuestro planeta no bastaría para producir un calor igual al que el sol disipa en una décima de segundo.

SALDO DE CHISTES MALOS

Gedeón está enfermo, y el médico le dice: —Coma usted poco, y no beba el vino solo. Al día siguiente, le pregunta: —¿Qué tal? —Bien. —¿Qué comió usted ayer? —Una friolera. —¿Bebió usted el vino sólo? —No, señor; estaba delante mi mujer.

A un avaro, que pasea con cierto amigo, le pide limosna un pobre que lleva la pierna de palo.

—¡Habrás picado!—exclama. —¿Por qué? —¡Como le envidio! ¡No gasta en calzado más que la mitad que nosotros!

Negaba un ladrón ante el Tribunal haber cometido un robo, y le dijo el juez:

—Es inútil que usted niegue. Le puedo presentar seis testigos que lo presenciaron. —Y yo, señor juez, le podría presentar seis mil que no lo presenciaron.

En el álbum de un diplomático: «No exijan ustedes a nadie palabra de honor. Si se trata de un hombre honrado, es superflua; si se trata de un granuja, es inútil».

Imp. de Manuel Sintes Rötger. —Plaza del Príncipe, 17

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(18)

del alma todos aquellos que, dentro y fuera del castillo, habían sido beneficiados con sus bondades. No halló, por lo tanto, ninguna huella sensible de su paso y poco a poco aquella pre-ocupación llegó a borrarse de su espíritu, respirando satisfecho por verse libre de aquella a quien miraba como una enemiga y a la cual esperó hallar en su propia casa dispuesta a combatirle ferocemente el predominio.

En su egoísta tranquilidad no se le ocurrió pensar ninguna vez que la joven pudiese ir a Fenollar un día u otro. Por eso su contrariedad debió ser grande cuando un día, al hablarse de ella por primera vez, la señora de Róspide anunció su llegada para muy en breve.

Erese una mañana gris, ventosa y triste... En el salón de los Tapices,

Pilar hacía labor junto a un ventanal muy amplio que permitía extender la vista hasta el horizonte del brumoso mar que rugía enfadado. Se había encendido la chimenea por primera vez y encima de la gruesa plancha de hierro los troncos ardían, derramando rojizas claridades siniestras sobre la gris uniformidad del salón obscuro y del paisaje opaco.

El conde de Fenollar, sentado en un rico sillón de siglos lejanos, ocupábase en arreglar con unas largas tenazas el fuego parlanchín, hurgando en las brasas con ademanes nerviosos. Las grandes astillas, que formaban una pirámide crepitadora, se venían al suelo con un ruido seco semejante a un gemido y en la cara fosca y avinagrada del enfermo, un gesto de irritante contrariedad respondía al derrumbamiento de los leños. Enfrente, sobre una colchoneta de lana, un foxterrier precioso, tritaba y gruñía.

Aquel era un mal día para el neurasténico... La atmósfera cargada, el viento huracanado; el bramido del mar, el cielo encapotado, le irritaban, sin que su voluntad pudiese dominar aquella inconsciente antipatía de su materia

para todo lo que no fuese sol y libre ambiente.

—¡Ese doctor que no viene!—murmuró impaciente, dirigiendo una mirada al antiguo reloj del salón.

Sorprendió su madre la mirada.

—Es pronto—contestóle—. Ardiete tiene otros enfermos que visitar, y además ¡el distrito es tan extenso!

—Sí, es verdad; pero le echo tanto de menos que en mi afán de verle a mi lado se me figura que tarda siempre.

Tornó el silencio. Los ademanes nerviosos de Fernando revelaban una gran excitación y la madre le miraba inquieta, con una triste mirada observadora.

El joven, cansado de remover el fuego, se levantó. Cogió de la repisa de la chimenea un tomito en francés, le abrió, leyó tres o cuatro páginas y recostando luego la cabeza en el respaldar del sillón y dejando abierto el libro sobre sus rodillas, dejó vagar la mirada, inexpressiva y muda, por el campo fustigado violentamente por el huracán, por el cielo plomizo, por el mar imponente...

Las páginas delicadas, exquisitas, de René Bazin, no decían nada a su espíritu anestasiado, a su gusto rendido... «De tout son à ne», con las hojas entreabiertas, parecía ofrecerle con una sonrisa emociones dulces, notas estéticas, delicadas ofrendas de distracción y amenidad, zumos divinos del corazón que derrama paz y calma. Pero el neurasténico, en su hastío, rechazábalo todo para sumérgirse en el protroyo abismo de sus memoranzas, de sus luchas, de sus dolores...

La señora de Róspide se desesperaba contemplándole en su doliente abstracción, cuando el botones anunció al médico dejando a la vez sobre una mesita un paquete de cartas y periódoicos.

—Por fin...—exclamó el Conde al verle entrar.

Pareció que con Manuel Ardiete, joven, fresco, lleno de vida, entraba una ráfaga de restauradora alegría en el salón medioeval.

—Tenemos hoy un mal día, ¿eh? El cielo gris, el mar alborotado, el aire enfurecido... Si, amigo mío, estos días ventosos, incoloros y agresivos, ennegrecen el ánimo más fuerte.

Y sentándose junto a él, le tomó el pulso después de saludar a la dama, que había comenzado a leer su correspondencia.

—¿Y qué tal la noche? —¡Ay, qué noche, doctor! suspiró el pobre enfermo. ¡Qué noche de pesadillas, de soñar disparates, de ver cosas horribles! No quiero pensarlo. Me he levantado deshecho, con las piernas tembientes, la vista débil, la cabeza dolorida.

Y el infeliz se la apretaba al hablar con un acento lastimero, como el de un niño que se queja a su madre.

—Y luego este día gris, el aire que ruge como un alma en pena, el bramido furioso del mar que se rompe en las rocas asustando a los pescadores, las tolvaneras que ciegan los ojos... Todo esto me excita, me descompono me altera...

—Sí, sí, querido Conde; lo comprendo perfectamente. Estos días son únicos para sacar de sus casillas al sistema nervioso.

Ardiete se inclinó para enderezar una astilla que se caía desde la cuspide. Sentados junto al fuego, en la quietud mayestática de aquella cámara